

Presentación

Xosé M. Núñez Seixas

Universidade de Santiago de Compostela

En el nutrido campo de los estudios sobre nacionalismo e identidades colectivas, la región, al igual que otras identidades subnacionales, parecía condenada a sucumbir a los embates de la modernización o a permanecer como mero reducto arcaico de tradiciones premodernas, frente al empuje de la nación como forma de organización social, como depositario de la soberanía y como comunidad *imaginada* desde la Revolución liberal. Lo mismo ocurría con las identidades locales o provinciales. La investigación histórica, sociológica y politológica acerca de la cuestión nacional tendió a ignorar o, cuando menos, a pasar por encima de entidades y dimensiones que no presentaban menores dificultades terminológicas que la nación —¿inventada o descubierta?, ¿política o cultural?, ¿primordial, parmenideana o moderna?— y cuyo protagonismo en la vida de las personas, en la definición de las lealtades y la jerarquía de los afectos, y en la movilización de los actores parecía carecer del carácter determinante que adquiriría la nación. Una región era, o una nación que no había llegado a tal —perspectiva ésta que condicionó, por ejemplo, muchas de las páginas que sobre reivindicaciones territoriales, *regionalismos* y *particularismos* se escribieron en la historiografía española desde la Transición—, o un resto de tiempos pasados. O, como mucho, un repertorio de tradiciones y folclore supeditado a la construcción y éxito de una comunidad nacional que englobaría varias regiones y localidades.

Esa perspectiva ha tendido a invertirse a partir de 1980, y ha conocido un auge especialmente pronunciado desde la década final del siglo XX, como resultado, a nuestro parecer, de varios factores. Primero, la influencia del paradigma microhistórico, que llevó a estudiar desde abajo los procesos de construcción nacional, y no únicamente su elaboración intelectual, la actuación de las políticas públicas estatales (o mesoterritoriales), la agencia de partidos políticos y movimientos sociales, y el influjo de las estructuras socioeconómicas. Esa perspectiva sacó a la luz identidades múltiples y cambiantes, prismas de interpretación de imaginarios y discursos nacionales leídos a través de la realidad cercana, e identidades locales que paradójicamente no suponían un obstáculo a la asunción e implantación de una identidad nacional. Segundo, la irrupción igualmente de un paradigma historiográfico culturalista que ha situado su énfasis más en los imaginarios y los discursos que en las teorías políticas, y que, por lo tanto, ha visto en las identidades subnacionales una trama de referentes y construcciones, símbolos y discursos, susceptible de adquirir una estructura de significados autónoma, pero también capaz de articularse con identidades de más amplio espectro, vinculadas a la legitimación del poder soberano (es decir, a la nación) o con identidades de tipo comunitario y basadas en la interacción cotidiana y la experiencia próxima (es decir, la patria local o *patria chica*, el *terruño*...); incluyendo dentro de estas últimas la capacidad de las ciudades para constituirse en lugares de memoria por sí mismos y para erigirse en referentes identitarios a través de la política simbólica y cultural, la elaboración de una Historia propia y distintiva, la atribución a sus habitantes de rasgos y cualidades específicas en lo etnocultural o el simple estereotipo de carácter y costumbres. Sin olvidar entidades de vaga adscripción, como la *comarca*, o las identidades creadas por circunscripciones político-administrativas, como las provincias o departamentos, e incluso las basadas en la jurisdicción religiosa, como la parroquia...

El juego de espejos identitario acaba así por asemejarse a una imaginación constante de esferas superpuestas, a la manera de muñecas rusas, cuya geometría es, sin embargo, variable y cuyo encaje rara vez está exento de tensiones y conflictos. Pues lo ideal es que las identidades sean compatibles y múltiples —ya lo sabemos—, e incluso lo normativo. Pero lo real es que no todas ellas lo son, y tampoco en toda circunstancia. Y, del mismo modo, surge la discusión acerca de la naturaleza de las identidades múltiples y *dobles patriotismos*: ¿Son

éstas opciones oscilantes entre identidades que significan lo mismo? ¿Hay, por el contrario, una clara jerarquización entre ellas, tanto en su elaboración como —algo más difícil de detectar empíricamente— en su recepción? ¿O nos encontramos ante identidades híbridas, suerte de combinación de elementos de diferentes trajes, en la que los sujetos se sienten más a gusto que al tener que elegir trajes diferentes, pero de una misma pieza?¹

Pese a las múltiples dimensiones del objeto de estudio, es la construcción de la *región* y sus fenómenos asociados —desde el regionalismo político hasta el culto a la *pequeña patria*, pasando por la invención del folclore— lo que más ha atraído la atención historiográfica en los tres últimos lustros, preferentemente desde el campo de la historia cultural, con una notable presencia en el ámbito centroeuropeo y teniendo como grandes laboratorios para su estudio (aunque no los únicos) los diferentes territorios de Alemania y Francia, además de las regiones pluriétnicas de frontera y las áreas de poblamiento étnico entremezclado de Europa Oriental². No por ello ha desaparecido la investigación sobre los *regionalismos* y movimientos regionalistas, intentando además delinear una clara demarcación entre el *regionalismo* y el *nacionalismo*, lo que en algunas historiografías europeas parece seguir siendo un problema poco menos que insoluble³. Ni tampoco se ha avanzado lo suficiente en la clari-

¹ Por ejemplo, las discusiones del coloquio *Municipalism, Regionalism, Nationalism: Hybrid Identity Formations and the Making of Modern Europe*, Centre for Research in the Cultural Forms of Modern European Politics, Manchester, The University of Manchester, 10-12 de marzo del 2006 (un resumen en <http://hsokult.geschichte.hu-berlin.de/tagungsberichte/id=1098>).

² HAUPT, H.-G. y TACKE, Ch.: «Die Kultur des Nationalen: Sozial- und kulturgeschichtliche Ansätze bei der Erforschung des europäischen Nationalismus im 19. und 20. Jahrhundert», en HARDTWIG, W. y WEHLER, H.-U. (eds.): *Kulturgeschichte Heute*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1996, pp. 255-283; HAUPT, H.-G., MÜLLER, M. y WOOLF, S. J. (eds.): *Regional and National Identities in Europe in the XIXth and XXth Centuries*, La Haya, Kluiwert International, 1998; APPLGATE, C.: «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times», *American Historical Review*, LIX (1999), pp. 1157-1182, y STORM, E.: «Regionalism in History, 1890-1945: The Cultural Approach», *European History Quarterly*, 33:2 (2003), pp. 251-265. Igualmente, el monográfico editado por PETRI, R.: *Regione e storia regionale in Europa. Antitesi o metafora della nazione?*, en *Memoria e Ricerca*, 22 (2006), pp. 107-134.

³ Véase, por ejemplo, la disparidad de criterios entre los diferentes artículos reunidos en THER, PH. y SUNDHAUSSEN, H. (eds.): *Regionale Bewegungen und Regiona-*

ficación conceptual, que se sigue moviendo en términos muy semejantes a los de la investigación sobre los nacionalismos. Del mismo modo que el término *nación* significa algo diferente en cada tradición historiográfica europea y en cada ámbito idiomático, algo semejante ocurre con el término *región*, lo que salta aún más a la luz cuando se compara la semántica política de ambos términos en territorios colindantes⁴.

Sin embargo, algunos puntos comunes parecen emerger de las hasta ahora dispersas investigaciones, también en el ámbito hispánico. En primer lugar, que la *región* es una categoría tan imaginada como es la *nación*, y sujeta a semejantes procesos de elaboración discursiva e intelectual. Pero, a diferencia de la *nación*, ni es concebida como el titular imprescriptible de la soberanía en la Edad Contemporánea, ni su narrativa histórica puede ser plenamente autosuficiente, debido a la necesidad de articularse con un cuerpo jerárquicamente superior que la engloba —la *nación*—. En muchos casos, aunque no siempre, el territorio que se denomina *región* puede estar dotado de algún tipo de institución político-administrativa. Pero en muchos otros casos no, ni se aspira a ello. En segundo lugar, y precisamente por ser una categoría construida, la *región* no tiene por qué ser homogénea, ni étnica ni geográfica ni históricamente; ni tiene por qué haber correspondencia entre demarcación político-administrativa que ostente ese nombre y el territorio imaginado como tal, aunque con el tiempo el primero se pueda convertir, en efecto, también en una comunidad imaginada. En tercer lugar, que la construcción de las regiones y de las identidades regionales como proceso histórico no tiene por qué ser visto como un fenómeno necesariamente contrapuesto a la construcción de las naciones de las que aquéllas forman parte, sino como un fenómeno complementario en el que, a más *nación*, también hay más *región*, y no al revés. *La France forte de ses régions* era algo más, en este sentido, que un lema. En cuarto lugar, la *región* no necesariamente ha de ser vista como una variante del tradicionalismo, y, por tanto, como una hijuela de Maurras o Menéndez y Pelayo, sino como un artefacto cultural e identitario perfectamente

lismen in europäischen Zwischenräumen seit der Mitte des 19. Jahrhunderts, Marburg an der Lahn, Verlag Herder-Institut, 2003.

⁴ Por ejemplo, PETRI, R.: «Heimat/Piccole patrie. Nation und Region im deutschen und im italienischen Sprachraum», *Geschichte und Region/Storia e regione*, 12 (2003) 2, pp. 191-212.

compatible con todo tipo de ideologías y promovido por actores sociales, institucionales o políticos. En quinto lugar, sin embargo, que hay un potencial de conflicto entre ambas esferas, en la medida en que la reificación y caracterización de la región puede recurrir a mecanismos muy semejantes a los utilizados para la construcción de las naciones: el punto de ruptura viene dado por la adscripción del sujeto de soberanía. Esa línea es más o menos frágil según el momento concreto y la circunstancia concreta, como también se muestra en varias de las contribuciones de este volumen, y depende, entre otros factores, de su coexistencia con nacionalismos subestatales dentro de un mismo Estado o dentro de un mismo territorio de referencia. En sexto lugar, aunque aquí el consenso (particularmente en España) es más débil, que ni siquiera los regímenes autoritarios del siglo XX han prescindido del fomento de la identidad regional y local como medio de facilitar la penetración orgánica de la identidad nacional. En séptimo lugar, que no cabe desdeñar el potencial de generador de identidades colectivas que, como ya hemos afirmado, poseen otras circunscripciones territoriales, desde la ciudad hasta la comarca, pasando por las provincias, departamentos o prefecturas, por muy *artificiales y modernas* que éstas hayan sido: ayuntamientos, consejos comarcales, diputaciones o mancomunidades también generan y fomentan sentimientos de lealtad y narrativas históricas. Fijar la agenda de investigación en la *región* no debe implicar el presuponer su existencia apriorística o su perennidad, cayendo en una suerte de regio-primordialismo, sino el verificar si es la instancia que ha tenido éxito, o si, por el contrario, son otras esferas de identidad las que predominan. El por qué unas instancias u otras tienen más o menos éxito en cada uno de los casos, y el esbozar un cuadro comparativo general y transnacional, constituye todavía una tarea pendiente.

Sin pretender, ni mucho menos, colmar plenamente esa laguna, los estudios que el lector puede encontrar a continuación, obra de autores consolidados en el ámbito historiográfico internacional y español, constituyen una buena aproximación al conocimiento de la construcción de la región, tanto en el contexto europeo como en el español; y conforman hasta ahora la primera colección de ensayos en castellano sobre la cuestión en un marco comparativo. Alon Confino nos muestra en su contribución, adelanto en castellano de lo que será su próximo libro, una discusión de la pertinencia de estudiar la nación a través de lo local, y una propuesta de investigación a partir

del caso alemán y la continuidad del concepto de *Heimat* o terruño en el largo plazo. Anne-Marie Thiesse desmenuza, también en el largo plazo, las aparentes contradicciones del proceso de construcción nacional francés desde la Revolución de 1789 y la persistente coexistencia de un regionalismo político débil con una recreación de identidades regionales que iban más allá de los departamentos. Peter Haslinger nos muestra una fascinante arqueología de la ingeniería identitaria —del *territorio imaginado*— puesta en práctica por los Gobiernos imperiales de Viena en un territorio étnicamente heterogéneo como el austrohúngaro, y asimismo nos proporciona una explicación acerca de por qué el nacionalismo (subestatal y, desde 1918, estatal) acabó ganando la partida a regionalismos e identidades de frontera que eran vistos como competidores compatibles con la identidad imperial. Stefano Cavazza, por su parte, profundiza primero en el localismo y regionalismo de la vida cultural italiana tras la Unificación, para centrarse en el análisis del discurso de afirmación regional y folclórica del fascismo durante la década de 1920, compatible con una política de italianización cultural de los territorios alófonos como Tirol del Sur; pero, asimismo, nos muestra los límites de esa política, evidentes durante la década de 1930.

Ya en el ámbito español, Ferran Archilés, en la línea de sus anteriores trabajos (en solitario o con M. Martí), expone cómo el imaginario de *lo regional* estaba perfectamente integrado dentro de la propuesta cultural del proyecto nacionalizador (y nacionalista) español de la Restauración, echando mano de un amplio muestrario de ejemplos. Carolyn P. Boyd se centra en un caso concreto, el del santuario de la Virgen de Covadonga y el mito de la batalla de Covadonga, para mostrar cómo un mismo referente histórico de la identidad regional asturiana (y de la identidad nacional española) era objeto de disputadas interpretaciones a izquierda y derecha, particularmente alrededor de los fastos de la conmemoración del aniversario de la batalla en 1918. Fernando Molina Aparicio avanza una interpretación acerca del significado del fuerismo vasco en el último tercio del siglo XIX que pone más el acento en los elementos de compatibilidad que en los de ruptura, y argumenta que no hay que ver el fuerismo únicamente como un protonacionalismo, sino también como una forma de entender la pertenencia de las provincias vascas al conjunto de la nación española. Por nuestra parte, cerramos el *dossier* con un análisis del uso de los imaginarios locales y regionales por el nacionalismo de gue-

rra del bando insurgente durante la Guerra Civil, así como de las contradicciones internas dentro del primer franquismo acerca del lugar de la región en el imaginario nacionalista español.

Toda gran obra es una obra colectiva, y para cualquier profesional es un privilegio el poder presentar al público lector contribuciones como las que componen este *dossier*. Es ahora el turno de la crítica y la discusión. Por nuestra parte, sólo nos resta agradecer a los autores su colaboración, así como al Consejo de Redacción de la revista *Ayer* la acogida de este proyecto, y particularmente a su secretaria, M.^a Cruz Romeo, su paciencia y cooperación.

Brión, septiembre de 2006.